

Noviembre había comenzado la vista del proceso Caffarel-Limouzin, en la sala décima, en medio de la curiosidad sobreexcitada de las gentes. Los generales Caffarel y Andlau, las mujeres Ratazi y Limouzin comparecieron ante el tribunal. La audiencia del día nueve fué fecunda en incidentes, que causaron hondísima impresión; pues se supo, entre otras cosas, que el prefecto de policía había tenido en su poder durante ocho días los papeles hallados en casa de la Limouzin y que, antes de entregarlos al tribunal, había sustraído dos cartas firmadas por Wilson, las cuales después había sido preciso unir á los autos, porque la Limouzin, que se las sabía de memoria, reclamaba enérgicamente su restitución. La opinión se indignó con la parcialidad del prefecto de policía. La igualdad de los ciudadanos ante la ley era vana fórmula si el yerno del presidente de la República podía eludir la acción de la justicia, merced á las condescendencias de un funcionario complaciente.

Al día siguiente, el sentimiento público rompió impetuosamente los diques en la Cámara de diputados. Nadie se preguntó si los actos reprochados á Wilson caían ó no bajo la sanción del código penal, ni dióse oídos á los escrúpulos jurídicos del ministro de Justicia, que se inclinaba á la duda: bajo la presión casi unánime de la asamblea, el gobierno, interpelado por Douville-Maillefeu, de la extrema izquierda, y por Piou, de la derecha constitucional, debió anunciar que el procurador general, en el tribunal de apelación de París, iba á abrir una instrucción judicial contra Wilson. Necesitábase para esto autorización del parlamento, que la concedió el diez y siete de Noviembre, por unanimidad, menos un voto: el mismo día era depuesto el prefecto de policía. Grevy no parecía haberse enterado de la gravedad de la situación; ni lo ocurrido en la Cámara el día diez y nueve le arrancó la venda de los ojos. Clemenceau, en dicho día, presentó una proposición para tratar del asunto Wilson; el presidente del Consejo de ministros, Rouvier, se opuso á su discusión inmediata, por estimarla incompatible con las actuaciones judiciales que se seguían; la asamblea, sin embargo, votó la urgencia por gran mayoría, y el gabinete entregó su dimisión á Grevy. Consultó éste con los diputados y senadores más influyentes: todos á una le dijeron que la primera condición para que pudiese haber mayoría en las Cámaras era que él se retirase. Muy fuerte debía de ser tal convencimiento, para que hombres de opiniones tan moderadas como Ferry, Raynal y Ribot diesen semejante consejo al presidente. Si lo seguía, la institución presidencial quedaba quebrantada; si lo desechaba, entonces, la comprometida iba á ser la República. La resistencia era ocasionada á los más graves peligros. El príncipe Napoleón escribía á Dufour desde su destierro, proponiéndose como candidato á la dictadura; el conde de París guardaba silencio, mas pocos días antes había revelado á sus amigos su conversión al cesarismo; sin salir de Francia, no repugnaba á los grupos que se agitaban en torno de Boulanger la sustitución del imperio del sable al régimen de las leyes; por úl-

timo, en la Cámara de diputados, Folibois, partidario de la apelación al pueblo, pedía el veintiuno de Noviembre la revisión constitucional. Compréndese que los monárquicos y los plebiscitarios tuviesen interés en hacer creer que estaba abierta la sucesión de la República; lo que no se explica es el auxilio que recibían de algunos republicanos. Ribot, motejado por los periódicos intransigentes de ser un monárquico extraviado en el campo de la república, consiguió que no se votara la urgencia de la proposición Folibois, pronunciando algunas palabras vibrantes y elocuentísimas. Grevy se percató, al cabo, de que debía descender de su elevado puesto. El veinticuatro de Noviembre llamó á Ribot, proponiéndole formar gabinete solamente para asegurar la transmisión del poder presidencial. El ilustre político se manifestó dispuesto á encargarse de esta misión ingrata, pero necesaria, exigiendo, sin embargo, que se le dejase libertad completa para elegir á sus colegas y que se le leyera de antemano la renuncia del presidente. No habiendo aceptado Grevy la segunda condición, Ribot quedó fuera de todo compromiso. La presidencia se negó á admitir la dimisión del gabinete Rouvier, so pretexto de no poder interrumpirse la comunicación entre los poderes legislativo y ejecutivo.

El anuncio de la retirada de Grevy había calmado los ánimos enardecidos en el parlamento, y provocado una agitación meramente superficial en ciertos centros extra-parlamentarios. En todas partes se discutían los candidatos á la presidencia. Challemel-Lacour, rompiendo un silencio de cuatro años, rechazó todos los nombres, excepto dos, el de Julio Ferry y el de Freycinet, si bien concedía la preferencia al primero, alegando razones de mucho peso. Como se esperaba que la mayoría del senado y la mitad, por lo menos, de los republicanos de la Cámara sostuviesen la candidatura de Ferry, el triunfo de éste se juzgaba indudable. Entonces se reavivó con furor inconcebible la campaña de calumnias comenzada en mil ochocientos ochenta y cinco, y que nunca había cesado del todo, contra el «tonkines», «el esclavo de Bismarck», «el último de los cobardes». Señaláronse en el espantoso concierto de injurias, falsedades y siniestras predicciones los miembros de la Liga de patriotas, los individuos de la fracción más avanzada del Consejo municipal de París, los periodistas y diputados radicales. Se presentó á Francia amenazada de los horrores de la guerra civil si Ferry era elegido, y no pocos hombres de buena fe cayeron en el lazo. En las noches del veintiocho al veintinueve y del veintinueve al treinta de Noviembre, que los franceses llaman *históricas*, los enemigos de Ferry, reunidos con el general Boulanger, trataron de conjurarse para mantener á Grevy en el poder y, en todo caso, para impedir la elección de aquel: la resuelta oposición que hicieron Pelletan y Perin á la idea de apoyar á Grevy fué causa de que nada se acordase la noche del veintiocho, y el negarse Andrieux, á quien se había ofrecido la presidencia del Consejo, á dar la cartera de Guerra á Boulanger, frustró definitivamente el plan de los congregados en lo que á la continuación del presidente actual se refería. Mientras se celebraban

estas reuniones nocturnas, los *Iguales de Montmartre* inundaban á París de pasquines que decían: «¡Pueblo de París!—¡La República está en peligro!—El Congreso de Versalles va á designar al sucesor de Grevy, y es Ferry—Hambre, Ferry—Tonkin, Ferry, el lacayo de Bismarck, á quien trata de entregar la República una coalición monstruosa. Republicanos todos, socialistas, revolucionarios, ¿permitiremos que se cometa semejante crimen? ¡No, mil veces no! La sangre no debe correr inútilmente; pero no retrocederemos ante ningún sacrificio con tal de evitar que Francia esté representada por el último de los cobardes.—¡Ciudadanos, preparémonos y velemos!—¡La República está en peligro!» Mas graves que estos ataques apasionados eran las reflexiones que se ocurrían á los hombres formales y á los políticos previsores. Así, por ejemplo, Ranc escribía en el *Petit National* que, no obstante ser «injusta, estúpida, absurda» la impopularidad de Ferry, era menester tenerla en cuenta y cambiar de candidato. En su odio al autor de la expedición al Tonkin, no faltó quien le acusara de estar de acuerdo con el obispo de Freppel y de ser apoyado por el Vaticano!

Viendo el cariz que tomaban las cosas, Grevy, que el veintinueve de Noviembre parecía decidido á retirarse, se interesó en la partida, y cuarenta y ocho horas después no pensaba ya sino en ganar tiempo. Individuos de su familia, políticos que prosperaban á su sombra, parte de aquellos mismos que antes le aconsejaban renunciar, estimulábanle ahora á dejar correr los sucesos, ya que no á resistir abiertamente.

Mientras Francia contemplaba, estupefacta y muda, el espectáculo que ofrecía su capital, el aspecto de París era el de los días de crisis y revolución. El primero de Diciembre, Deroulede, saliendo del palacio Borbón, excitó á la muchedumbre, que invadía la plaza y el puente de la Concordia, á aclamar juntamente á Grevy y á Boulanger. La extraña asociación de estos dos nombres provocó manifestaciones diversas. Deroulede fué detenido poco después por haber gritado: «¡Abajo Ferry!». Al mismo tiempo, Luisa Michel, que cantaba la *Carmañola*, era contestada con silbidos por la gente, necesitando la policía acudir en su auxilio. El dos de Diciembre, los desórdenes fueron más graves: la multitud, reunida en la plaza de la Concordia, disparó piedras, que hirieron á algunos guardias municipales. La caballería tuvo que dar varias cargas. Por la noche, el Consejo municipal decidía ponerse de acuerdo con los diputados por París para impedir la elección de Ferry.

Grevy había prometido al gabinete, el treinta de Noviembre, entregarle su renuncia, para que la presentase á las Cámaras el primero de Diciembre; pero llegado este día, Rouvier, en el palacio Borbón, y el ministro de Marina, Barbey, en el de Luxemburgo, en lugar de leer el mensaje presidencial, declararon á los representantes del país que, habiendo mudado de propósito el presidente de la República, el gobierno acababa de reiterarle su dimisión. Esta noticia inesperada produjo un efecto deplorable: las dos

asambleas se habían mantenido escrupulosamente en el límite de sus atribuciones, y el jefe del Estado, con su conducta equívoca y su falta de palabra, parecía querer empujarlas fuera de la legalidad. Dominando su legítima indignación, diputados y senadores, sin perder la calma, sin votar órdenes del día conminatorias, dieron una gran lección de dignidad al presidente, y se separaron, citándose á hora fija «para esperar la comunicación prometida». Esta resolución se tomó en la Cámara de diputados por quinientos veintidós votos contra tres, y en la asamblea senatorial por doscientos sesenta y cuatro contra cinco. Ejemplos tan elocuentes deben hacer reflexionar á los detractores sistemáticos del régimen representativo.

Ya no había subterfugio posible, y Grevy se resignó, comunicando á las Cámaras, por conducto del gabinete, que al día siguiente recibirían su renuncia. Esta vez, cumplió su palabra. En ambas Cámaras, los grupos moderados persistían en sostener la candidatura de Julio Ferry, fluctuando los radicales entre Floquet y Freycinet: por su parte, las derechas se hallaban resueltas á votar lo mismo contra el candidato único de los primeros que contra el eventual de los segundos. En los círculos extra-parlamentarios, seguían combatiendo rudamente á Julio Ferry el partido revolucionario y el Consejo municipal de París. Esperábase con ansiedad el resultado de la elección. Mientras tanto, habíase conquistado buen número de votos otra candidatura, la de Sadi-Carnot, personaje bienquisto por su probidad, por sus trabajos en el parlamento y por los servicios que prestara en el cargo de subsecretario del ministerio de Trabajos Públicos y como jefe del mismo departamento: llevaba, además, un nombre glorioso y popular entre los republicanos y patriotas. El dos de Diciembre, en escrutinios preparatorios de todos los grupos de la izquierda, Sadi-Carnot obtuvo sucesivamente sesenta y nueve, sesenta y uno y ciento sesenta y nueve votos, es decir, muchos más que Floquet y Freycinet, pero bastantes menos que Ferry, el cual sumó hasta doscientos diez y seis. Los elementos radicales determinaron entonces votar á Sadi-Carnot, quien el día tres, en el acto de la elección, resultó con trescientos tres votos, contra doscientos doce dados á Ferry y cerca de ciento cincuenta que reunió el general Saussier, candidato, á pesar suyo, de las derechas coaligadas. Había que repetir la votación por no contar ningún nombre con mayoría absoluta; pero antes, Julio Ferry levantóse de su asiento y, yendo á estrechar la mano de su feliz competidor, le dijo que le daría su voto y aconsejó á sus amigos que hiciesen lo mismo. Merced á esto, en el segundo escrutinio, los votos de Carnot se elevaron á seiscientos diez y seis, contra ciento ochenta y ocho que obtuvo el general Saussier. El Congreso, que es de presumir eleve siempre á la primera magistratura del Estado á hombres que no figuren en primera línea, estuvo muy acertado al elegir á Carnot.

Volviendo ya al punto de la alianza franco-rusa, diremos que, siendo Carnot partidario convencido de ella, debió de influir con el peso de su opinión en el acuerdo del ga-